

establezca entre nosotros una comun fraternidad.—Soy superior al temor, contestó el oficial francés; he cumplido con mi deber.»

Mientras tanto se trabajaba por seducir á los soldados prisioneros, ofreciéndoles dinero y grados si se ponian al lado de la república romana. Ni uno solo prestó oídos á tales exigencias, y todos permanecieron fieles á su bandera.

Á pesar de este cambio de conducta para con los prisioneros, los gobernantes repetian á cada hora sus proclamas y partes, en cuyos documentos no habia una palabra de verdad. Llenaríamos muchos pliegos si hubiéramos de insertar los que tenemos á la vista. Por todos bastará uno. Hase visto el P. S. del parte dado por el Comandante en jefe al Ministro de la Guerra, relativo á la jornada del 30 de abril. En confirmacion de lo que decia dicho Jefe, véase la siguiente proclama de los jefes de la república romana:

«PUEBLO: El general Oudinot habia prometido pagar en dinero contante todos los perjuicios y estragos causados por su injusta agresion... ¡Pues bien! pague, si es que puede, los frescos de Rafael atravesados por las balas francesas! Repare, no los perjuicios, pero sí la injuria hecha á Miguel Ángel! Napoleon enviaba al menos nuestras obras maestras á París, y la admiracion de los extranjeros era para los italianos una compensacion de la conquista; mas el Gobierno francés invade nuestro territorio, y lleva el afecto que á Roma profesa hasta el punto de quererla destruir, antes que dejarnos expuestos al enojo del terrible Zucchi, y á las amenazas de Radetzki y de Gioberti...

«Roma, como Scévola, ha extendido su brazo sobre el ardiente brasero y ha hecho un juramento. Los trescientos amigos de Scévola pusieron en fuga á Porsena... La historia romana no ha terminado aun.—H. Cernuschi, Vicente Cattabeni, Vicente Caldesi.»

No podia darse mayor tejido de calumnias. Ningun monumento histórico habia sido destruido. El General en jefe tuvo el mayor cuidado en ello, como queda demostrado en el documento ya transcrito. Ellos sí que nada respetaban, y si las posiciones hubiesen sido al contrario; si los republicanos de Roma, que tenian interés en presentar á los ojos de Europa al ejército francés como una bandada de bárbaros destructores, hubiesen sido los sitiadores, bien se puede asegurar que sus primeras bombas hubieran ido dirigidas á la gigantesca obra de Miguel Ángel y á los demás monumentos que son adornos de Roma, gloria de las artes y admiracion de propios y extranjeros.

## CAPÍTULO XXXI.

### LLEGADA DE UNA ESCUADRA ESPAÑOLA DELANTE

DE TERRACINA.

LA Europa católica se hallaba estremecida ante el aspecto que ofrecia la capital del mundo cristiano. El Sumo Pontífice se hallaba expatriado: su poder temporal, hasta entonces el mas fuerte de todos los poderes reales, habia sido derrocado, y la revolucion, que habia llevado á cabo tan sacrilega obra, amenazaba concluir con todas las monarquías tradicionales de la vieja Europa. Los hombres sensatos de todos los países no podian dejar de conocer la gravedad del mal que corroia las entrañas del cuerpo social, que ya por aquellos dias venia presentando la imágen de la corrupcion mas hedionda. Los trabajos revolucionarios hacian que se fuésen disolviendo todos los vínculos de nacionalidad, de religion, y aun de la sangre. Empezaba á levantar su frente esa familia que ya hoy no teme el llamarse públicamente *cosmopolita*, haciendo extinguir en los corazones el fuego del amor patrio que en todas las épocas de la humanidad ha formado héroes admirables, cuyos nombres la historia universal transmite para honrarlos de una en otra generacion. Para llevar á cabo la obra de destruccion, todas las armas eran buenas, y no es la que menos se ha manejado la calumnia. Con admirable destreza y con repugnante osadía la usaban los revolucionarios de Roma. Contra el bondadoso, contra el santo pontífice Pio IX se publicaban las mas infames calumnias, tal vez por los mismos á quienes en los primeros dias de su pontificado habia abierto las puertas de sus prisiones, concediéndoles el perdon y la libertad que habian perdido. ¡Cuánta ingratitud! ¡Cuánta perfidia! Citábanse circulares de Gaeta dirigidas al P. Rossi, en las que se ordenaba á todos los campesinos de los Estados pontificios *que diesen de puñaladas á los enemigos, y dego-*

*llasen á toque de campana á todo el mundo, sin exceptuar siquiera á los niños de teta* (1).

Pero si admira la osadía de los republicanos que de tal modo calumniaban al Santo Padre, espantan aun mucho mas los ultrajes contenidos en una célebre carta del extraviado P. Ventura que, aunque posterior al asunto principal de este capítulo, vamos á reproducir. El teatino de la revolucion, el que en el primer año del pontificado de Pio IX ocupaba con tanto celo y crédito la cátedra del Evangelio en Roma, no tuvo reparo en escribir de la manera siguiente en los primeros dias del mes de junio:

«Amigo y hermano mio:

«Te escribo con los ojos arrasados en llanto y el corazon traspasado de dolor: mientras traza mi pluma estas líneas los soldados franceses bombardean á Roma, destruyen sus monumentos, ametrallan á sus ciudadanos, y corre la sangre de unos y otros. Amontónanse ruinas sobre ruinas, y solo Dios puede saber el resultado que tendrá tan lamentable lucha. Témesese que, en caso de entrar los franceses en Roma por asalto, el pueblo se deje llevar de la ira, y asesine á sacerdotes y religiosas; y si esto llega á acontecer, ¡magnífica victoria habrá obtenido Francia, esplendente restauracion de la soberanía pontificia se habrá verificado! La historia nos enseña que por lo regular las restauraciones hechas por la fuerza son muy poco duraderas, y que los tronos cimentados en cadáveres y sangre son en breve derribados por violentas sacudidas, de modo que, entre cuantos planes se discutieron en Gaeta para reponer al Papa en el solio, fue adoptado el mas deplorable y funesto.

«Empero aun mas que esto aflige á las almas católicas el considerar que esa restauracion, caso de verificarse, no restablecerá sólidamente el poder del Príncipe, y al propio tiempo amenguará y destruirá quizás el poder del Pontífice al pensar que cada cañonazo que esportilla los muros de Roma, llévase parte de la fe católica que se anida en el corazon de los romanos. Te he dicho la horrible impresion que habian causado en el pueblo de Roma, *I confetti di Pio IX mandati a suoi figli*; el encono que contra los eclesiásticos habian despertado; pero todo ello es nada en comparacion de la ira contra la Iglesia y la misma religion católica que ha excitado la vista de las bombas francesas. Como la mayor parte de los proyectiles han caido en el barrio de Transtevere, arruinando las casas de los infelices que lo habitan y causando numerosas víctimas, los transteverinos, la porcion del pueblo romano antes mas católica, son los que ahora se distinguen en maldecir y blasfemar del Papa y del clero, en cuyo nombre ven cometer tanta matanza y tantos espantosos horrores.

«Mis amigos procuran ocultarme cuanto se hace y dice en Roma en este deplorable sentido, deseosos de evitarme la inmensa pena que esto me causaría; pero sus solícitos cuidados no han bastado para que no llegase hasta mí la noticia de que todos los jóvenes de Roma, los hombres todos de alguna instruccion, hacen ya en alta voz el siguiente raciocinio: «Quiere el Papa reinar sobre nosotros por medio de la fuerza; para la Iglesia ó para los eclesiásticos desea la soberanía que solo al pueblo pertenece, y piensa y dice que su deber le manda obrar así en cuanto somos nosotros católicos y es Roma el centro del Catolicismo. Pues bien, ¿quién nos impide acabar con este y hacernos protestantes si es menester? ¿Qué derecho político podrá entonces reclamar

(1) *Saggio di Roma*, por Vecchio, pág. 95.

sobre nosotros? Porque en verdad es cosa horrible que por ser católicos é hijos de la Iglesia hayamos de ser dominados por esta, y no nos quede otro arbitrio que abjurar nuestros derechos todos, esperar de la liberalidad de los eclesiásticos como una concesion lo que por justicia se nos debe, y estar condenados á la suerte del pueblo mas miserable de la tierra.

«Sé tambien que esos sentimientos se han vulgarizado mas de lo que se cree, y han llegado á penetrar hasta el corazon de las mujeres; de modo que en pocos dias han venido á quedar perdidos los veinte años que llevo de apostólicos trabajos, encaminados á unir mas y mas al pueblo romano con la Iglesia. Lo que yo previera y predijera en mis cartas todas se ha realizado por desgracia, y ha sucedido en mayor escala todavía de lo que pensaba. El protestantismo se halla introducido de hecho en una parte del excelente y religioso pueblo romano, y ¡horrible es decirlo! esto ha sido obra de eclesiásticos y resultado de la perniciosa política á que el Papa ha sido arrastrado.

«¡Ay! amigo mio, la idea de un obispo que hace ametrallar á sus diocesanos, de un pastor que degüella á sus ovejas, de un padre que envia la muerte á sus hijos, de un Papa que quiere reinar y dominar á tres millones de cristianos por medio de la fuerza, y restablecer su trono sobre ruinas, cadáveres y sangre, esa idea, digo, es tan singular, tan absurda, tan escandalosa, tan horrible, tan contraria al espíritu y á la letra del Evangelio, que no hay conciencia que por ella no se escandalice, fe que pueda resistirla, corazon que no se estremezca, ni lengua que no se sienta movida á la maldicion y á la blasfemia. ¡Ah! preferible era mil veces perder todo el poderío temporal y el mundo entero, á ser preciso, antes que dar al pueblo romano escándalo semejante!»

Puede calcularse cuál seria la amargura de Pio IX al saber que de tal modo hablaba, y tales y tan atroces calumnias propalaba, no ya un miembro de esas sociedades secretas instituidas para arrebatarse la paz y la tranquilidad de los Estados y destruir todo recto principio, toda idea de religion, de patria y aun de familia, sino un religioso que hasta pocos dias antes habia sido clarín de la divina palabra. Mas tarde el P. Ventura volvió en su acuerdo, y lloró aquellos momentos de extravío en los que se convirtió en parricida y en apóstol y abogado de la mas miserable de las causas.

Pio IX tenia el corazon destrozado por las traiciones con que fueron recompensadas sus virtudes. Habia sido para su pueblo un padre amante y cariñoso; y este mismo pueblo, que le habia rodeado de homenajes, que le habia aclamado á voz en grito, que habia arrojado flores á su paso, que se gloriaba en proclamar que su rey era el mejor de los reyes, le abandonó, se apartó de sus banderas, ó al menos no tuvo valor para deshacerse de los miserables que de todos los ángulos de la Italia habian caido sobre él, y le habian obligado á comer el pan de la emigracion. ¿Y por ventura Pio IX se convirtió en tirano de su pueblo? ¿Quiso que sus hijos fuesen ametrallados? ¿Pretendió imponerse por el terror? No: Pio IX hubiera para siempre abandonado el poder temporal, si el cetro y la corona de príncipe hubiesen sido suyos, antes que permitir se vertiera una sola gota de sangre. Pero Pio IX estaba ligado por solemne juramento. El patrimonio que administraba era el de san Pedro, y debia transmitirlo íntegro, segun lo habia recibido, á sus sucesores. Hizo un llamamiento á la Europa, no para que vengase las ofensas que le habian sido inferidas, sino para que saliese en defensa de los fueros de la justicia ultrajados; para que librase á su amado pueblo de las hordas de los impíos que ha-

bian caído sobre él, y que contribuyera por la fuerza de las armas á que renaciera la paz y la tranquilidad en la Ciudad santa, convertida en aquellos dias en un pueblo de salvajes, donde se insultaba á Dios, se perseguía la Religión, se maltrataba á los ministros del santuario, y se publicaban las leyes mas obscenas, indignas de un pueblo civilizado. Revestido Pro IX de un doble carácter, el de Jefe supremo de la Iglesia y el de Príncipe temporal, debía por una parte combatir la impiedad hasta en sus últimas trincheras, y por otra mirar por el bien de los pueblos, cuyo régimen le habia sido confiado por disposiciones de la Providencia. ¿Quién se atreverá á asegurar que Pro IX no obró en ocasion tan solemne con verdadero espíritu de justicia? ¿Debía abandonar por completo su causa, dejando entregado su pueblo á su propio consejo? La paz no puede establecerse sino por medio de la justicia, y la justicia tarde ó temprano se abre paso por entre las obras de iniquidad levantadas por los hombres. Á la hora en que escribimos, Roma vuelve á carecer de los desvelos de su padre y legítimo príncipe: la iniquidad ha vuelto á levantar la cabeza, disfrazada con el nombre de *unidad italiana*, y ha colocado á la virtud por escabel de sus piés. De nuevo se abrirá paso la justicia de Dios, y por caminos que ahora nos son desconocidos resplandecerá la verdad, al tiempo mismo que caerá destrozado en mil pedazos el nuevo edificio erigido sin cimientos que le sostengan. Hoy no ha respondido como entonces la Europa al llamamiento del atribulado Vicario de JESUCRISTO. No lo extrañamos: la Europa se halla desquiciada: sus Gobiernos son Gobiernos en su mayor parte nacidos de las revoluciones, y carecen de libertad de accion, porque se bambolean, y un soplo de viento puede dar con ellos en tierra. La anarquía reina en todas partes, y no se ve un rayo de luz que nos haga concebir esperanzas de mejores tiempos. Pero no importa; Dios vela, y el remedio de que tanta necesidad tiene la Europa vendrá, porque Dios no nos ha abandonado, ni puede dejar de favorecer á su Iglesia.

Nos hemos apartado involuntariamente de nuestro relato histórico que volveremos á reanudar.

Decíamos que Pro IX, al hacer un llamamiento á la Europa católica, habia cumplido con sus deberes, y esto nos demuestra cuán miserables eran sus detractores, que hacian creer en infames proclamas que no queria otra cosa sino que sus hijos fuesen degollados.

Fijemos nuevamente la vista en la capital del mundo cristiano.

Los resultados de la accion de 30 de abril excitaron en el corazon de los revolucionarios nuevas ideas de resistencia. Los pigmeos recordaron el histórico valor de los antiguos romanos, y ellos, que en su mayor parte no lo eran, como antes hemos dicho, quisieron convertirse en héroes. Su primer cuidado fue animar á los débiles para que se preparasen á la lucha, y que no quedase un solo ciudadano sin tomar las armas. Para lograr esto se multiplicaron las proclamas, en las cuales se hablaba de proezas imaginarias, y se daban seguridades de triunfo que no tenian seguramente los mismos que las daban. Así, pues, muchos de los que pocos dias antes aclamaban á Pro IX fueron seducidos, y creyéndose héroes cuyos nombres transmitiría la historia de una en otra generacion, gritaban entusiasmados: ¡Viva la república! ¡No mas Papas! ¡No mas reyes! El general Avezzana, ministro de la Guerra, publicó ya entrada la noche la siguiente proclama:

«INVENCIBLES ROMANOS: Á las diez de la mañana, una parte de la division

francesa ha atacado vigorosamente á nuestras tropas por el lado de San Pancracio y del muro que rodea el Vaticano. Nuestros valientes republicanos han probado con hechos ser los dignos hijos de los Brutos y de los Escipiones: el enemigo ha sido rechazado en todos los puntos.

«Un nuevo Bruto nos reta... ¿Desmentiréis vuestro origen? Esta jornada ha presenciado hechos inspirados por el mas sublime heroismo. Pueblo, naciste libre; pueblo, fuiste señor del mundo. Pueblo, ¿quieres aceptar las cadenas de la esclavitud?»

Fuera de sí los revolucionarios con sus pretendidos triunfos, publicaban decreto sobre decreto y proclama sobre proclama, repitiendo siempre lo mismo, esto es, que nada podia resistir al valor de ellos, que estaban llamando por su heroismo la atencion del mundo. Hé aquí uno de estos documentos, emanados de la comision de barricadas. No puede darse cosa mas trivial ni jactanciosa:

«PUEBLO: Ayer empezó la entrada de los franceses en Roma, y la verificación por la puerta de San Pancracio en calidad de prisioneros. Esto no debe sorprendernos á nosotros, el pueblo de Roma; mas causará una curiosa sensacion en Paris, lo que no dejará de sernos provechoso.»

Después de tres párrafos ampulosos, dedicados á probar que las bombas y los cañonazos son de efecto casi nulo en cuanto á la vida de las personas, y solo un pretexto para hacer capitular á las ciudades, continúa de este modo la proclama:

«Encargamos á los mercaderes que tengan abiertas sus tiendas, lo cual al mismo tiempo que es cómodo produce muy buen efecto. Hoy debemos fortificar el Pincio: acudid allí en gran número, y trabajaremos unidos. Recomendamos á los *tiradores de toda clase* que esperen la proximidad del enemigo á quien quieran herir, medio seguro para impedir la retirada y para adquirir nombradía... Vengan hoy otra vez, y verán lo que les pasa.»

Mientras tanto tenian lugar estos acontecimientos y Roma preparaba una tenaz resistencia, una escuadra española compuesta de las fragatas *Cortes* y *Villa de Bilbao*, de los vapores de guerra *Leon* y *Vulcano* y de otro buque de menor porte, el *Bidasoa*, bajo las órdenes del vicealmirante Bustillos, llegaba (dia 29 de abril) delante de Terracina.

El efecto que causó nuestra escuadra fue admirable. Apenas se presentó en aquellas aguas, pudo verse que la bandera tricolor italiana flotaba en uno de los fuertes que defienden la ciudad. El jefe de la expedicion hizo colocar sus buques en forma de batalla, y se disponia á empezar el fuego. Esta operacion no debió parecer muy aceptable á los de Terracina, cuando como por encanto desapareció en el momento la bandera tricolor, que fue sustituida por una blanca en señal de paz. Entonces un ayudante del General y el teniente de navío D. Juan Bautista Topete saltaron en tierra, para manifestar á aquellos habitantes que el objeto de la expedicion no era otro que el de contribuir al restablecimiento de Su Santidad Pro IX en la plenitud de sus derechos y de su autoridad temporal; que la Reina católica de España y su Gobierno estaban decididos á no perdonar medio alguno para conseguir aquel resultado, ventajosísimo no solamente para los Estados romanos, sino para todo el mundo cristiano, y que los hombres honrados podian estar tranquilos y contar con toda seguridad de que sus personas y propiedades serian respetadas.

Estas protestas fueron escuchadas con entusiasmo, y nadie se atrevió á

presentar objeciones de ninguna clase, é inmediatamente la bandera de Pio IX fue izada sin oposicion alguna en el mismo lugar en que habia ondeado el estandarte revolucionario.

Entonces con el mayor órden desembarcaron las tropas, y en nombre del poder legítimo tomaron posesion de los fuertes, destruyendo una mina que los rebeldes habian abierto cerca de la torre Gregoriana, en el camino que debian recorrer las tropas napolitanas.

Era un consuelo para los católicos el ver que las cuatro potencias llamadas por Su Santidad, á saber, Austria, Francia, España y Nápoles, se habian puesto en movimiento para concluir con la funesta república de Roma. La España pudo gloriarse de ser la primera en hacer levantar la bandera de Pio IX en una de las ciudades rebeldes, pues si bien las tropas francesas habian antes desembarcado en Civitavecchia, no habian izado la bandera pontificia, sino la francesa, que flotaba al lado del árbol de la libertad. Por aquellos dias aun no se veian claras las intenciones de la Francia. La España, por el contrario, manifestaba sin ambages que su intencion no era otra que la de restituir á Pio IX su poder temporal usurpado sacrílegamente por la revolucion.

Séanos lícito manifestar el regocijo de nuestra católica nacion por la parte que su Gobierno tomaba en las aficciones del Soberano Pontífice, y su buen deseo de contribuir á su restablecimiento en la Ciudad eterna. Nuestra patria tomaba la parte que le correspondia en la gran cuestion que estaban llamadas exclusivamente á resolver las potencias católicas.

El 22 de mayo se embarcó en el puerto de Barcelona la expedicion destinada á Italia, fuerte de cinco mil hombres al mando del bravo general Córdoba. El espectáculo que aquel dia presenció la culta Barcelona, la segunda capital de España, célebre por su industria y por los grandes hombres que en todas épocas ha producido, no se borrará fácilmente de los que tuvieron la dicha de presenciarlo. El embarque de nuestros aguerridos batallones se hizo con una precision y órden que hubiera dado envidia á los ejércitos mejor disciplinados.

Era la madrugada del 23 cuando la expedicion se hizo á la vela, entre las salvas de artillería, los vítores, las aclamaciones y el inmenso ruido que producian las músicas y las campanas de la ciudad. Dígase lo que se quiera, el carácter español es noble y caballeresco. Así es que mientras los hombres de fe, los católicos sinceros vertian lágrimas de consuelo al ver que los hijos de nuestra patria acudian en defensa de los intereses del mundo cristiano, los tibios é indiferentes participaban de los mismos sentimientos, porque se trataba de auxiliar la desgracia y de defender á un anciano inofensivo, cuyas manos no se habian abierto mas que para dispensar beneficios. El 27 llegó la expedicion con toda felicidad á las costas de Italia, y en la tarde del mismo dia desembarcó una parte de ella, concluyéndose el desembarque al siguiente dia 28.

¡Gloria á nuestra patria que en los dias de prueba sabe recordar que es la España de los Recaredos y Fernandos! Méritos suficientes ha hecho en diversas ocasiones para que Dios se apiade de su triste y lamentable estado actual, y haga renacer en ella aquel espíritu católico que ha sido siempre la perla mas brillante de su corona de glorias, y que hoy se han propuesto cubrir de lodo y cieno españoles degenerados que en vez del orgullo del honor, alimentan el orgullo de la impiedad. ¡Dios vendrá en su auxilio!

Se acercaba la hora de la justicia. Los revolucionarios, que tantas desgra-

cias habian causado en la Ciudad eterna, los que puede decirse que habian declarado la guerra á Dios, que insultaban y asesinaban á los sacerdotes, que hacian escarnio de cuanto existe en la tierra de mas santo y digno de respeto y veneracion, debian ser confundidos, al paso que la cátedra de Pedro, de donde emana la civilizacion verdadera que da la paz y la tranquilidad á los pueblos, debia verse nuevamente rodeada de gloria y de esplendor, de aquella gloria y de aquel esplendor de que quiso rodearla el divino Fundador de nuestra religion santa y adorable. Aun hemos de narrar nuevos desastres; aun hemos de ver nuevas impiedades y de escuchar nuevos gritos satánicos en aquellas calles antes tan pacíficas por las que en edificante recogimiento atravesaban los peregrinos de todos los países del mundo; pero despues verémos abrirse paso á la justicia de Dios, que disipará todas las tinieblas, y llevará el consuelo al fondo de todos los corazones católicos.